

56/2013

EL ANZUELO DE PLATÓN. CÓMO INVENTAN LOS LINGÜISTAS SU HISTORIA,
DE XAVIER LABORDA

María Luisa Calero Vaquera
Universidad de Córdoba
mlcalero en uco es

Laborda Gil, Xavier, 2013

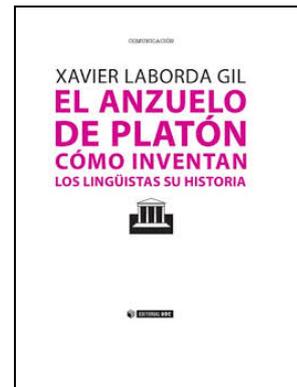
El anzuelo de Platón.

Cómo inventan los lingüistas su historia.

Barcelona. Editorial UOC

183 páginas 24 x 17 cm.

ISBN 978-84-9029-882-4



La fidelidad a los principios es una *rara avis*. Y en esta obra recién publicada su autor, Xavier Laborda, sabe mantenerse fiel al propósito didáctico que se había marcado desde el inicio (aunque solo aparecerá expresado al final del libro): “el objetivo de esta historia y de sus relatos es enseñar la lingüística no como un enigma, sino como realidad vivaz y comprensible” (p. 173). Su dilatada experiencia como profesor en la

María Luisa Calero Vaquera. 2013.

El anzuelo de Platón. Cómo inventan los lingüistas su historia, de Xavier Laborda.

Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación 56, 168-173.

<http://www.ucm.es/info/circulo/no56/calero.pdf>

<http://revistas.ucm.es/index.php/CLAC>

©2013 María Luisa Calero Vaquera

Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac)

Universidad Complutense de Madrid. ISSN 1576-4737. <http://www.ucm.es/info/circulo>

Universidad de Barcelona (UB) le ha dotado de una habilidad especial para saber exponer sus ideas –por complicadas que sean– de forma atractiva y clara, situándolas al alcance de cualquiera, de manera que este nuevo libro de historiografía lingüística se convierte en un texto apropiado y recomendable tanto para los especialistas como para los menos versados en el tema. Y como en la metáfora del anzuelo, la obra termina por atrapar al lector (versado o profano): desde la elección del propio título (cuya primera parte, *El anzuelo de Platón*, hace referencia a la ambigüedad que entre sus páginas encierra el libro del filósofo griego, el *Crátilo*, el primero que suele citarse en las historias sobre el lenguaje) hasta la selección de los temas tratados, que no son sino un muestrario de capítulos que, sabiamente escogidos, entran de lleno en el campo de la historiografía lingüística.

Algunos de esos temas son ya recurrentes en los manuales de historia de la lingüística: así, el citado debate sobre el verdadero significado de los diálogos que constituyen el *Crátilo*; o las clásicas narraciones –mitad mitos, mitad realidad– sobre la torre de Babel y la Biblioteca de Alejandría; o, ya en tiempos más cercanos, la discusión sobre la legitimidad de la corriente que en 1966 N. Chomsky denominó “lingüística cartesiana”, con la cascada de críticas que su propia exposición no tardó en suscitar entre los historiógrafos de consolidada trayectoria (esta vez sí: R. Lakoff, V. Salmon, G.A. Padley, H. Aarsleff, entre otros). Pero incluso en estos capítulos que nos resultan tan familiares a los historiógrafos, Xavier Laborda procura –y consigue– hacer aportaciones novedosas, dar su toque personal al asunto para provocar la reflexión del lector; así, por ejemplo, el autor considera que en el caso del *Crátilo* el debate que ahí se produce sobre la naturaleza del lenguaje fue entendido por la hermenéutica posterior de manera literal, descuidando de paso el contexto y el propósito subyacente de la obra: de ahí las diferentes interpretaciones (algunas encontradas) que a lo largo de la historia ha recibido este libro tanto por filósofos como por lingüistas.

Otros capítulos, en cambio, resultan más novedosos para un tratado de historiografía lingüística, a pesar de que, en efecto, merecerían ocupar su (mayor o menor) espacio en este tipo de obras. Véanse, si no, las sugestivas páginas que Laborda dedica al Simposio Internacional de Arquitectura que, bajo el epígrafe “Arquitectura, Historia y Teoría de los signos”, se celebró en Castelldefels en 1972. Escasa difusión entre los lingüistas ha tenido, es cierto, la celebración de este puntero congreso en el

que, por primera vez, se pretendió abordar el diseño arquitectónico bajo el paradigma de la Lingüística: una muestra del prestigio que en esos momentos alcanzaba esta ciencia, que, como se evidencia aquí, mereció ser adoptada como modelo para otro campo disciplinar con el que, aparentemente, guarda escasa relación; si nos sorprende ver considerada la arquitectura por sus propios practicantes como un sistema de signos, más aún puede asombrarnos ver la gramática generativa de Chomsky aplicada a la teoría del diseño arquitectónico, como hace más de cuarenta años se hizo en aquellas sesiones, que ciertamente habrían hecho las delicias de nuestro Eduardo Benot (recordemos su monumental *Arquitectura de las lenguas* (h. 1890), donde el autor gaditano justamente procedía a la inversa: aplicando el paradigma arquitectónico a la descripción y explicación de las lenguas).

En otro orden de cosas, la afición de Xavier Laborda por la Retórica le lleva a incluir entre los autores que merecen ser recordados en la crónica de la lingüística al escritor estadounidense Mark Twain, el célebre autor de *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y de *Huckleberry Finn* (1885), pero también “el orador magistral”, quien atribuía al humor una funcionalidad retórica innegable, como demuestra también en su *Autobiografía* (1917) póstuma, “valioso cuaderno de reflexiones sobre la elocuencia y el humor” (p. 125); el *De Oratore* de Cicerón le sirve de paradigma al profesor Laborda para aplicar a Mark Twain las virtudes que el escritor latino atribuía al buen orador (entre otras, *natura, ars y exercitatio*). Y un nuevo personaje del siglo XVII, al que tampoco se le suele prestar atención en los libros de historia de la lingüística, se incluye en esta obra con toda naturalidad: Samuel Pepys, un alto funcionario de la Marina inglesa que, comprometido con el progreso del conocimiento, llegó a ser director de la Royal Society; su amistad con el obispo J. Wilkins, autor de *An Essay towards a Real Character and a Philosophical Language* (1668), le abrió las puertas para colaborar en la clasificación conceptual que esta magna obra presenta; de hecho, la escritura taquigráfica que Samuel Pepys utilizó en su *Diario* (1660-1669) muestra una gran similitud con los trazos del alfabeto universalista propuesto por Wilkins. El profundo conocimiento que Xavier Laborda tiene sobre los proyectistas ingleses, a los que ha dedicado largos años de investigación que han quedado plasmados en una solvente bibliografía, le ha conducido hasta este curioso personaje que, en el citado *Diario*, nos legó un retrato impagable tanto de la ciencia como de la vida cotidiana de la época.

La reivindicación explícita de un lugar para la Retórica en las obras de historiografía lingüística me parece uno de los grandes aciertos del libro reseñado, por sus consecuencias epistemológicas. Es una evidencia que, hasta la fecha, los trabajos historiográficos se han centrado en la gramática de las lenguas, obviando así dos de las vías que conducen al dominio de la elocuencia: la dialéctica y la retórica, según la concepción de la escuela medieval, que en esta tríada disciplinar (*Trivium*) comprendía las artes que hoy llamaríamos “humanidades”. Este olvido es calificado ingeniosamente por Laborda como *lipociencia* ‘falta deliberada de una ciencia’ (neologismo que crea por analogía con el término *lipograma* ‘falta de una letra’): “la invisibilidad de la retórica en la historia de la lingüística produce un lipograma científico” (p. 58); y esta carencia científica –me sumo al requerimiento del autor– exige una reparación inmediata por parte de los historiógrafos de la lingüística. A este urgente desagravio tal vez pueda ayudar el incremento que en nuestros días están teniendo los estudios sobre el discurso y la comunicación, tratados desde múltiples y variadas perspectivas: la adecuación de los enunciados al contexto, el análisis ideológico de los discursos, los efectos (deseados o no) en los destinatarios... Tal vez el paso siguiente sea el anhelado reconocimiento del derecho que todos estos enfoques tienen a formar parte de los manuales de historiografía lingüística, como con buen juicio reclama el profesor de la UB.

Al igual que en el caso anterior, encontramos en el libro una nueva demanda expresa para incorporar a los manuales de historia de la lingüística un jugoso capítulo de la dramaturgia universal: la popular comedia *Pigmalión* (1913) de Bernard Shaw, presentada aquí por Xavier Laborda como una apología de la labor de los lingüistas y, en general, del conjunto de los educadores, lo mismo que como una muestra de la lingüística en su calidad de ciencia empírica y social y, en última instancia, como “un manifiesto esperanzado sobre la movilidad social” (p. 82); una obra que fue inicialmente producida en formato teatral y más tarde, gracias a la popularidad alcanzada, tuvo derivaciones filmográficas (*My Fair Lady* y, podría añadirse, *Pretty woman*). En concreto, el prefacio de *Pigmalión*, “Un profesor de fonética”, según Laborda “merecería aparecer también en las antologías de la historia de la lingüística” (p. 74).

Con la reivindicación de estos y otros temas para el campo de la historia de la

lingüística, Xavier Laborda parece adherirse tácitamente al modo de hacer historiografía inaugurado por U. Eco con su libro *La ricerca della lingua perfetta* (1993), donde el autor italiano, entre otras innovaciones de método y contenido, recluta para la historiografía lingüística nombres, obras y temas que tradicionalmente han sido tratados por otras disciplinas. Lo que parece sabia decisión, de uno y de otro, porque la interdisciplinariedad nos habla de la conveniencia de perder nuestra afición por las líneas divisorias, que suelen reducir (= empobrecer) peligrosamente nuestro campo de visión.

Además de U. Eco, las figuras del lingüista danés V. Thomsen y del británico R.H. Robins, junto a algunos pertinentes comentarios sobre sus respectivas obras, encuentran en este libro su acomodo; y con razón: el primero, como autor del tratado pionero sobre el campo disciplinar que nos ocupa: *Historia de la lingüística; una exposición concisa* (1902; trad. española en 1945), el cual, aunque ha sido escasamente leído y, por otra parte, procede en sus planteamientos del paradigma comparatista, “estableció unos temas con los que delimitó un trayecto expositivo que se sigue en la actualidad”, aportando “la matriz de etapas, obras y asuntos” (p. 27); del segundo autor, R.H. Robins, además de su muy citada *Breve historia de la lingüística* (1967), se destaca aquí su tarea como promotor de la obra colectiva de autobiografías *Linguistics in Britain: Personal Histories* (publicada en 2002 por la Philological Society de Londres bajo la coordinación de K. Brown y V. Law), original empresa que permite conocer directamente y sin intermediarios el balance vital y profesional de los lingüistas británicos más influyentes del último medio siglo, lo que, en definitiva, supone un novedoso modo de hacer historiografía lingüística. De paso diré, y espero no descubrir ningún secreto celosamente guardado, que esta obra tendrá pronto su réplica en el ámbito español, gracias a la plausible iniciativa de algunos profesores de la Universidad de Barcelona, entre ellos, una vez más, el profesor Laborda.

Presentados así los contenidos del libro *El anzuelo de Platón* parecería que el autor no ha tenido ni orden ni concierto en la elaboración del mismo, o que ha sido producto improvisado de una acumulación de sugerentes temas pero inconexos entre sí. Nada más lejos de la realidad: un cuidadoso plan conforma y determina la sucesión de los temas tratados, que aparecen organizados en tres partes, equilibradas en su extensión. La primera incluye a los tres historiadores citados (Thomsen, Robins y Eco);

la segunda se ocupa de los paradigmas o modelos que guían los diferentes discursos metalingüísticos (Retórica, Platón, Pígalión, Hermenéutica y Canon), y en la tercera se agrupan los relatos (el Simposio de Arquitectura, Twain como orador, S. Pepys, la lingüística cartesiana, Babel y la Biblioteca de Alejandría, y algunos cuentos de la tradición persa que le sirven al autor como parábolas del quehacer historiográfico). Historiadores, modelos y relatos: los tres conceptos requeridos para la historia aquí presentes, que dan coherencia al libro en sus contenidos pese a la aparente dispersión de las materias tratadas.

Y presidiendo el conjunto de esta narración metalingüística, destaco como un mérito añadido la reflexión continua del profesor Laborda sobre la construcción que siempre supone cualquier discurso historiográfico: “la historia de la lingüística es una invención de sus historiadores” (p. 12), “la historiografía afirma la naturaleza ideológica de la historia” (p. 168), en la línea de la actitud precavida con que M. Foucault aborda cualquier discurso sobre la historia, impregnado inexcusablemente de sesgos ideológicos: “Para Foucault el historiador ha de ser un intelectual que intenta contradecir las certezas recibidas de la tradición” (p. 168). Inteligentes comentarios que alcanzan el nivel de máximas y que justifican plenamente el subtítulo del libro: *Cómo inventan los lingüistas su historia*.

En definitiva, estamos ante un libro escrito con tesón y sentimiento, dos de las cualidades que según su autor acompañan al don de la narración. Y junto a este don expresivo, en la lectura de sus páginas ha quedado sobradamente demostrado el rigor intelectual y la capacidad crítica del profesor Laborda. Son precisamente las condiciones que éste le exige al buen historiador (p. 11). Y aunque –es cierto– el historiador perfecto no exista, el autor de *El anzuelo de Platón* roza con esta obra las fronteras de ese ideal en el campo de la historiografía lingüística.

Recibido: 2 julio 2013

Publicado: 17 enero 2014